

saba se fuese á Tzapotitlán, porque había muerto el padre Leyendo aquella madrugada; y así lo hizo, y llegando al convento de Tzapotitlán, y contando al guardián lo que le había pasado con la visión, le respondió: "pues padre Fray Luis, á esa misma hora fué Dios servido de llevárselo para sí, llamando con gran priesa á Vuestra Reverencia para despedirse." Prosiguieron al entierro, y con grandísima devoción, sentimiento y llanto, que todo el pueblo tuvo por la muerte de este religioso tan siervo de Dios, le enterraron á las once del día poco más ó menos, y con haber muerto como á las cuatro de la mañana, estaba el siervo de Dios tan tratable y hermoso, como si estuviera durmiendo, de que dieron muchas gracias á Su Divina Majestad, con toda confianza de que lo llevó á su Santo Reino, y yace en el dicho convento.

Primer
provin-
cial crio-
llo.

En este tiempo fué electo en ministro provincial de la provincia de Xalisco, el P. Fray Nicolás de San Lorenzo, que era actual definidor, y fué el primero que hubo de los padres criollos, por cumplir con el asiento de la alternativa; presidió en el capítulo el padre Fray Alonso de Sotomayor, Comisario General. También fué jurado por rey de España, nuestro católico monarca y señor Felipe IV, el Grande, habiéndose celebrado

Muerte
de Fray
Miguel de
Uranzu.

primero las obsequias de su padre. Y murió el bendito religioso Fray Miguel de Uranzu; ocasionóse su muerte del mucho trabajo que tuvo en las minas de Xora, ayudándole siempre el padre Fray Antonio Tello, por facilitar la población, abriendo caminos, bajando maderas de aquella serranía, y sacándolos de quebradas profundísimas, y llevándolas de muy lejos, andando al sol y al sereno, y durmiendo en el campo con inmenso trabajo, de que los dos padres vinieron á enfermar, pero como el padre Uranzu era ya hombre entrado en edad, hizo en él más impresión la enfermedad. Ofrecióse el tiempo del capítulo que se tuvo en la ciudad de Guadalajara, á que, como vocal que era, hubo de ir, y acabado, por hallarse imposibilitado para proseguir en las conversiones y en tan buenos y loables ejercicios, determinó irse á vivir al convento de Tzapotitlán, hasta convalecer; y habiendo llegado al pueblo de

Zaulán, se le agravó el mal de manera que no pudo pasar adelante; y viendo los religiosos que cada día le apretaba más, le dieron los santos sacramentos, y recibidos, cantando las letanías y oraciones de Nuestra Señora, de quien fué devotísimo, dió el alma á su Creador en el convento de Zaulán, año de 1622, donde descansa en el Señor.

CAPITULO CCLXXXII.

En que se trata cómo este año se quemó la iglesia parroquial de la ciudad de Tzacatecas.

Año de
1622.

Año de 1622, domingo cuatro de diciembre, día de Santa Bárbara, habiendo en la ciudad de Tzacatecas fiestas á las canonizaciones de San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier; y habiendo llevado á estos santos á la iglesia parroquial para de ella llevarlos á su colegio, saliendo la procesión á las nueve de la mañana, llevando por delante dos compañías de soldados que se habían conducido para el festejo, ya que estaban las compañías en la calle de Tacuba, que es la principal de la ciudad, cuando iban saliendo en la procesión los santos cuya fiesta se celebraba, se pegó fuego á un castillo de cohetes que estaba arrimado á la pared de la calle de la capilla, de Don Diego Termino de Bañuelos; y de él salió un volador que entró por uno de los agujeros de dicha capilla, y pegó fuego en el enmaderado de la cubierta, el cual la abrasó, sin que por diligencias que se hicieron, se pudiese apagar. Quemóse toda, y con ser muchas las maderas y muy gruesas, se abrasaron hasta los cuatro enmaderados de la torre y reloj; y habiendo ido un indio á la torre, entre los demás, á apagar el fuego, y habiéndose quemado la gualdra en que estaba pendiente la cam-

pana grande, cayó, y cogiéndole debajo, lo mató. No sucedió otra muerte en este conflicto. Determinóse luego, estándose quemando la iglesia, pedir limosna para su reedificación, y el Corregidor, que había venido aquel año de España y entrado en la ciudad quince días había, llamado Don Diego de Medraño, gentil hombre de S. M. y ayuda de cámara de la llave pavonada, fué el primero que ofreció su limosna, y dió el salario del primer año, y á su imitación fueron ofreciendo todos los caballeros y mercaderes y demás resto de vecinos, que á las once del día, estaban recogidos treinta y cinco mil pesos de limosna. Fueron los mayordomos y obreros de esta fábrica, Cristóbal de Saldívar Mendoza y el capitán Don Antonio de Figueroa, Corregidor que había sido dos años antes. Comenzóse á obrar, y acabóse en tres años menos tres meses, que se colocó otra vez el Santísimo Sacramento, año de 1625, á 8 de septiembre, celebrando la fiesta del pendón que se sacó aquel año, el Alguacil Mayor Antonio de León Covarrubias, habiendo estado el Santísimo Sacramento todo el tiempo que duró en acabarse la obra, en el convento de San Agustín, con mucho gusto de la religión y clero.

El año de 1623, en la villa de Colima, por el mes de septiembre, se levantó hacia la parte del volcán que está al Norte de la dicha villa, un aire tan grande, que creciendo en fuerza, y continuando por tiempo de dos días, con mucha agua, llegó á ser tan furioso, que obligó á los religiosos y clérigos, no sólo á valerse de los conjuros y tocar las campanas á plegaria, sino también á descubrir el Santísimo Sacramento y sacarlo á vista. Divertida esta fuerza de agua y aire, fué corriendo á la parte del Sur, donde están las huertas de palmas de cocos, y otros árboles de cacao, chicos, mameyes y otros frutales, con tanta fuerza, que en una noche hizo tan grande estrago arrancando de raíz los árboles y destechando casas, que lo que aquella noche se perdió, hecho el cómputo por personas inteligentes, fueron por lo menos, doscientos y cincuenta mil ducados. Era por aquel tiempo aquella villa muy rica y más llena de hombres, que tenían de cincuenta mil, cien mil y doscientos mil

Año de
1623.

Colima.
Aire re-
cisimo.

ducados de hacienda, por el mucho trato que había en ella con sus frutos, de los cuales el principal era el cacao, á cuyo rescate acudían mercaderes de muchas partes; y un alcalde mayor, en dos años de oficio, sacaba tres mil pesos; pero después que el huracán destruyó las huertas, su trato ordinario es sal, la cual la hacen con artificio en unos esteros que están junto á la mar, aprovechándose del salitre y agua salobre de los dichos esteros, para hacerla; los cuales distan de la dicha villa, ocho leguas, y haránse cada año 146 fanegas de sal, poco más ó menos; otro tanto tienen, que es el vino artificial, el cual hacen de las palmas de los cocos, en esta manera: que en el vástago que arroja la palma en que habla de dar su fruto, lo atan muy bien con unos cordeles, dándole muchas vueltas, y le van cortando poco á poco, una vez á la mañana y otra á la tarde, teniendo colgado de él un calabazo ó vaso, en que va destilando agua, que llaman tuba, la cual acabada de salir, es una bebida de mucho regalo, dulce y sabrosa; después lo echan en unas vasijas para que se acede un poco, y luego lo destilan por alambiques, y lo así destilado, es el vino; y si lo sacan con cuidado, es fortísimo y como el aguardiente de Castilla. Haránse cada año más de veinte mil arrobas. Los alambiques son unos palos huecos del grueso de un hombre, cubiertos con un cazo de cobre lleno de agua, que como se va calentando, la van mudando, y en medio del hueco una tabla ajustada redonda, con un caño que sale por un lado, que es por donde destila.

CAPITULO CCLXXXIII.

Año de
1623.

En diferentes partes de esta historia se ha tratado del padre Fray Luis Navarro, y de cómo fundó y fué el primer guardián del convento de la Magdalena, varón muy religioso, muy observante y de buen ejemplo, y gran lengua mexicana, con que siempre se ocupó en la administración de los naturales; y muy cuidadoso en el aumento de los conventos, como se ve en los tornamentos, que acrecentó y puso en los que estuvo. También fué gran obrero, y trabajó mucho en sus reparaciones. El año de 81 y 82, fué guardián del convento de Tzenticpac, y en aquella frontera, convirtió y bajó de la sierra mucha gente, con que pobló cuatro pueblos, que son Acatlán, Caramota, Tlaxomulco y San Francisco, cada uno con cuatrocientos indios; y con hartos trabajos y peligros de la vida, los doctrinó y puso en policía, les edificó iglesias, puso tornamentos, imágenes y campanas, y buscó doctrineros que los enseñasen, de suerte que hasta hoy perseveran con mucha policía, y están muy domésticos y ladinos. Poco después fué guardián de Acaponetta, y fué el segundo que allí hubo, y con su solicitud y trabajo, entrando cada día en la Sierra, bajó á poblar entre los cristianos muchos de aquellos infieles, y en particular bajó muchos á Quiviquinta, y más de ciento de nación totorames; y en el pueblo de Tecuala, pobló más de doscientos indios con sus mujeres, y catequizándolos y doctrinándolos, los bautizó y quitó muchos ídolos que tenían; y entrando otras muchas veces en aquella sierra con mucho trabajo y hambre, bajó mucha

Sierra
Nayarit

gato fugitiva que se huía, y por esta causa estuvo dos veces á la muerte, y como su celo era bueno, tenía muy buenos sucesos. Finalmente este bendito padre fué muy recogido, muy escrupuloso y temeroso de Dios, y siempre tenido por santo, y muy estimado á donde quiera que estuvo, y venerado de españoles é indios. Fué á vivir á Colima, á donde lo llevó Dios para sí el año de 1623; y podemos creer según su vida y ejemplo, está gozando de Dios.

Año de
1623.

Este año de 1623, viernes nueve de junio, entre las cuatro y las cinco de la tarde, en la ciudad de Tzacatecas, se vió venir adelante de los cerros de Pánuco una obscuridad, que al parecer se entendió era otra tempestad como la del año próximo pasado de 1622; si bien en breve tiempo se fué acercando á la dicha ciudad, y se pudo ver con distinción la obscuridad, que venía dando vueltas, como cuando sale humo de una gran hoguera, y causó gran temor en todos los vecinos, porque dejó la ciudad en unas tinieblas tan grandes, que las personas que estaban juntas así en sus casas, como en las calles y plazas, no se veían unas á otras, con que se hallaron en gran confusión, y tanto, que obligó á muchas personas á salirse de sus casas despavoridas y atemorizadas, de la manera que las cogió, en cuerpo ó con capote, con mantos ó sin ellos, y irse por las calles á meterse en las iglesias y confesarse á voces; y empezó á caer ceniza tan espesa, que quedaron las casas y calles cubiertas, y con olor de cosa quemada, lo cual duró hora y media ó más, si bien la confusión no se quitó en muchos días, y con estar el sol aquel día muy claro, y ser ya muy cerca de creciente de luna, se vieron á las dichas horas en el cielo, estos dos planetas, la luna á Levante y el sol á Poniente, entrambos tan blancos, que parecían dos lunas. Hiciéronse muchas y muy apretadas diligencias por muchos días, y en muchas tierras diferentes, y jamás se ha podido saber de qué procediese aquella ceniza, porque aunque pudo ser que fuese de algún volcán que hubiese reventado, como se vió muchas veces en el de Tzapotlán y Colima; pero por aquella parte de Tzacatecas, donde la tierra es tan llana que en muchísimas leguas no hay

Especial caso
en Tzacatecas.

un cerro, ni rastro de que haya habido volcán, es lo que ha causado mayor admiración. Y dado caso que hubiese habido alguno en infinitas leguas de distancia, el cual hubiese reventado y echado de sí toda aquella cantidad de ceniza, que no se sabe, no deja de causarla, cuando eso hubiese sucedido, venir de tan lejos á caer en la ciudad de Tzacatecas. Ellos son juicios de Dios, y pudo ser, que para el bien espiritual de aquella ciudad, les avisase Dios con los presagios de la muerte.

CAPITULO CCLXXXIV.

En que se trata de la vida y muerte del muy reverendo y devoto padre, divino oráculo de estas provincias, Fray Juan Gómez de la Peña, y cómo fué segunda vez á Amatlán el P. Fray Antonio Tello.

^{Año de 1624.} Fué este doctísimo y santo varón, el padre Fray Juan de la Peña, natural de Guadramiro, en Castilla la Vieja, hijo de padres nobles, y en la religión de la santa provincia de Santiago; tomó el hábito en el convento insigne de N. P. San Francisco, de Salamanca, y como en aquel tiempo todos los religiosos que pasaban á las Indias, era con celo de la salvación de las almas y deseo de servir á Nuestro Señor en la predicación de la fé; siendo corista, pasó á la Nueva España y á la provincia del santo Evangelio, donde acabados sus estudios de Artes y Teología, de aquel gran teólogo de nuestra Orden el padre Salmerón, salió tan gran estudiante, que á pedimento de la provincia de Xalisco, fué á ella por lector de Teología, y leyó cuatro cursos con grande aceptación de todos los estados, y sacó muy buenos discípulos, con que ilustró esta provincia y la de Mechoacán, que era toda una.

Y habiendo sido definidor y guardián diversas veces con gran provecho y utilidad de los conventos donde estaba, aumentándolos de ornamentos y adornando las iglesias, predicando á españoles y á indios con toda doctrina muy sólida y aprovechamiento de sus almas, cuando se dividió la provincia de Mechoacán de la de Xalisco, fué electo en primer provincial en la ciudad de Guadalajara, el año de 1607, presidiendo el padre Fray Juan de Rieza, Comisario General, y predicó el sermón del Capítulo el Sr. Obispo Don Alonso de la Mota y Escobar. En el oficio de provincial, mostró su mucha prudencia, procediendo con igualdad y justicia, sin mostrarse parcial, ni hacer distinción de naciones, favoreciendo siempre á la virtud en cualquier sujeto que la conocía. Fué muy amado de todos los religiosos, así de la provincia como de fuera de ella. Todos los estados eclesiásticos y seculares le estimaron y veneraron, de manera que juntamente se puede decir haber sido el lustre de la santa provincia de Xalisco, sin agraviar á los muchos y graves religiosos que en ella ha habido de virtud y santidad; y en letras y claridad de ingenio, porque todos los que le conocieron le daban la ventaja. Tuvo muchas gracias este santo religioso, porque fuera de las adquiridas de grande teólogo, jurista y canonista, por las cuales era conocido en todo el reino, y de todas partes le iban á consultar casos arduos y dificultosos, á que como hombre tan docto, y que con claridad y ingenio que Dios le había dotado, como un divino oráculo respondía á satisfacción de todos: fué muy gran músico, y enseñó á muchos indios de la provincia á tocar órgano. Fué también excelente escribano, y tan agradable á todos, pacífico y manso, y de tan venerable presencia, que causaba amor y reverencia en los que le miraban, y así le amaban grandemente, indios, negros, mulatos, religiosos y de toda suerte de gentes, porque tuvo este don admirable de Dios. Fué guardián de muchos conventos, y la última guardiana que tuvo, fué la de Sayula y Tlaxomulco, porque al año y medio le pasaron al dicho convento, donde murió con fama de muy siervo de Dios, el año de 1624, y allí está enterrado y descansa en el Señor.